

Capítulo 1

Kenneth Ra



Kenneth Ramón nos llegó con un pan debajo del brazo. Sí, su llegada coincidió con una fiesta escolar donde nos poníamos a tostar pan, sobrasada, butifarrones y otra tipología salchichera en unos bidones que hacían las veces de barbacoas. Por cierto, colesterol por un tubo. Pero, como decía la directora, las tradiciones son tradiciones y deben respetarse; a lo que yo añadiría: «Y perpetuarse hasta el fin de los días». Así que, mientras preparábamos la *torrada*, nos llegó el muchacho acompañado de Marta y cargando una bolsa llena de rebanadas de pan de payés. Nuestra tutora, también bautizada como *Amélie* por nuestro amigo Jonás, no se cortaba ni un pelo en poner a cualquiera a trabajar en lo que se necesitara en ese momento. Creo que estaba como abducida por unos vídeos japoneses

sobre cómo los alumnos de ojos rasgados se encargaban de todas las tareas dentro de la escuela, limpiar, fregar las clases, servir la comida en la cantina y hasta cuidar del jardín o del huerto escolar.

Se nos acercó y nos presentó a la nueva incorporación. Un chico de piel morena, con el pelo rizado y muy grueso, a la vez que impregnado en gomina. No era muy alto y llevaba puesta una sudadera naranja con letras blancas impresas que no llegué a leer, solo sé que estaban en inglés. Pantalones oscuros de chándal y unas deportivas abiertas y sin cordones. Por cierto, que pensé que era una buena idea y que era raro que no se me hubiese ocurrido a mí; siempre buscando la mayor alternativa para ir cómoda. Ahora mismo me lo apuntaba. El muchacho tenía los ojos grandes, oscuros, las cejas pobladas y los labios anchos. Acababa de llegar de Ecuador, según nos había informado la tutora, y añadió que esperaba que le acogiéramos como a uno más.

Al minuto siguiente nos dijo que se llamaba Kenneth Ramón. Jonás ya intervino diciendo que eso eran dos nombres y que él se negaba a tener tanto trabajo para llamarlo. Que lo mejor sería refundirlo en KennethRa. Y, el

muy bruto, siguió diciendo que incluso le daría un toque egipcio al chaval, como el famoso Ra; el dios del cielo, del sol y del origen de la vida en la mitología egipcia, sin olvidar al mundialmente conocido Amón-Ra, que tenía el estatus de dios principal en el panteón egipcio. El pobre chico, que desconocía la infinita verborrea de mi compañero, lo miraba sin piar y con cara de no haber entendido ni una palabra de la perorata que le había lanzado.

La verdad era que KennethRa había mutado de nombre, Jonás lo había rebautizado y no había nada más que hacer. Pero el pobre chico no había sido identificado del todo, aunque eso creíamos antes de que, al día siguiente, Jaime Juan, el profe de Mates, leyera sus apellidos al pasar lista en clase. Casi nos atragantamos y entramos en convulsión de la risa; el nombre completo de nuestro nuevo compañero era: Kenneth Ramón Cabeza Vaca. ¡Ainssssss! Miré directamente a Jonás que ya abría la boca.

—Profe, ¿ha dicho Cabeza de Vaca o he escuchado mal?
—Al minuto siguiente Carlota y sus amigas soltaron una risita explosiva y casi *ipso facto* la clase estalló en carcajadas.

Creo que la única que mantuvo el tipo fui yo. Yo había experimentado en mis propias carnes el tema de mi nom-

bre y apellidos, y reconozco que lo viví bastante mal. Pero lo de KennethRa era una tragedia en toda regla. Recordé que, cuando estaba atrapada en mi problema genealógico, que seguramente todos conocéis a estas alturas, hice unas indagaciones que me hicieron ver que lo mío no era nada comparado con los nombres que había encontrado en internet, y aunque al principio se pudiese pensar que eran inventados, pertenecían a personas que deambulaban por la tierra, pero que yo me los imaginaba andando como puros zombis, arrastrando los pies y deseando exterminar a sus antepasados por semejante herencia.

No sé ni por dónde empezar y no puedo pensar en cuál es el peor. Con el primero, Rafael Nieto de Dios, me lo imaginaba asistiendo a un colegio religioso y que eso lo situaría muy cerca de los altares, incluso ningún profesor se atrevería a imponerle un castigo; ya que, sus contactos con la divinidad le convertirían en un ser muy respetado, e incluso, admirado por ser nieto de. Según mi abuela, ese chico no debería preocuparse ya que tendría el cielo ganado desde su bautizo. Yo no sabía que pensar y me lo imaginaba arrastrando los pies por los pasillos como llevando una cruz muy pesada a cuestas.

El segundo apellido que me hizo pensar en que los padres no siempre tienen buenas intenciones fue este: Lola Mento. Mira que podrían haberle puesto cualquier nombre, menos Lola. Pero eso es mala fe, sin duda, no voy a repetir la palabra que dijo mi padre: una *p...ada* en toda regla. Desde luego, tenía toda la razón. Me la imaginaba siempre disculpándose por todo. ¡Pobre chica!

Pero lo de Luz Cuesta Mogollón era como para huir del país y abandonar a unos padres que, llevando en su sangre esos apellidos, decidieron estigmatizar a su hija con el nombre de Luz. Eso haría sufrir incluso a un ciempiés caminando deprisa y calzando botas militares. Yo me exilio, me hago ermitaña, me encierro en casa de por vida como los *hikikomoris* —esos adolescentes japoneses que no salen del cuarto jamás— o simplemente no les dirijo la palabra hasta que tenga un hijo y le traspase mi herencia dañina llamándole Estudiar Cuesta Mogollón o algo similar.

Sin duda, el que me hizo reír toda la noche que pasé echando un vistazo a los peores nombres habidos y por haber fue el de Eusebio Tetas Planas. Al principio pensé que al menos era chico, porque de ser chica la cosa hubiese

sido un despiorre, pero después rumié que era igual de penoso, y que el pobre muchacho se pasaría la vida odiando a sus padres y pidiendo que excomulgaran a sus progenitores como el papa excomulgó a Enrique VIII. Si, ese que se casó seis veces por querer divorciarse de su primera mujer, la española Catalina de Aragón, para casarse con Ana Bolena. Según mi madre eso era en esa época lo peor que le podía pasar a alguien, y más, a un rey. Pero el tío no tuvo ningún miedo y con un par de... fundó su propia iglesia, la anglicana, y se nombró, máximo dirigente. ¡Qué bueno! El tipo se puso el mundo por montera y se pasó al bando protestante.

Aunque eso parezca lo peor, no lo fue, ya que el susodicho se cansó de su adorada Ana y la mandó decapitar en la torre de Londres, y no satisfecho, siguió casándose y casándose. Como dice el refrán, *¿no quieres caldo? pues tres tazas*. Pero eso no es todo: cuidado si vais a Londres y decidís visitar dicha torre. Una fortaleza espectacular de roca blanca que mandó construir Guillermo el Conquistador en 1066. Dicen que el fantasma de Ana Bolena, su segunda esposa, sigue vagando por sus patios, salas y pasadizos. Lo terrorífico es que, si entráis en el torreón donde estuvo

prisionera, podréis ver su nombre y apellido grabado en la pared, al parecer lo hizo ella misma. ¡Ufffff!, ¡qué yuyu! Cuando lo recorrí con el dedo se me erizaron hasta los pelos de la nariz. Y eso me hace volver a pensar en el pobre Eusebio Tetas Planas, y su inexorable y penosa vida, llena de comentarios cínicos, malintencionados y sarcásticos sobre sus desgraciados anexos al nombre. Suerte que a nadie se le ocurrió esculpir su nombre en la pared de ningún castillo. Porque nada me parece peor que quedar inmortalizado con ese nombre. Aunque, visto lo visto, internet lo tiene en sus bases de datos hasta el fin de los días y eso sí que va a ser perdurar en el tiempo. De verdad que Kenneth Ramón Cabeza Vaca formará parte de mi lista secreta para cuando decida volver a renegar de mi linaje y vea que podía haber sido muchísimo peor.

Pero me va a costar mucho más con Jonás. Todo alimenta su mente, todo se convierte en fuente de inspiración para hacer lo que no debe. Veo que KennethRa le ha insuflado nuevas ideas a mi querido amigo y no sé cómo las va a reprimir. El otro día nos envió por Whatsapp una camiseta con estampado *animal print* en blanco y negro, y nos preguntó qué nos parecía como regalo de cumpleaños

para nuestra nueva adquisición. Sin duda el tío no dejará de darle al coco ni un minuto. Hasta a mí me agota.

Pero también quiero decirles que Jonás tiene debilidad por los desprotegidos y cuando Markus empezó a saludar a KennethRa con un *muuu* cada vez que se cruzaba con él, mi amigo tardó cinco minutos en dejarle claro al brutote de la clase que poca guasa con el nuevo fichaje.

Lo que digo yo. En el fondo su corazón es de algodón de azúcar.



Capítulo 2

Vivo entre dragones



No sé cómo, pero de pronto me vi rodeada de dragones. Había empezado a pintar todo tipo de ellos. Me entretenía dibujando fauces, garras, escamas y practicando todas las expresiones feroces que se me ocurrían y que los convertían en seres que daban bastante miedo. Pasaba las horas llenando libretas y más libretas, y después empecé a experimentar con colores y a buscar diferentes texturas para dar más realismo a mis bocetos. Mi siguiente fase llegó con la creación de dragones que fueron saliendo de mi imaginario: los había que provenían del hielo, sacados de volcanes, *draco volans* que habitaban en desiertos, unos asiáticos que provenían de la mitología oriental y otros nórdicos, medio vikingos. Pero la fase más productiva llegó con los que acabé llamando dragones mutantes. Los

dibujaba con cuatro alas, añadía otras extras en diversos lugares de sus cuerpos, les colocaba cuernos de ciervo, de unicornio, de tricerátops o de toro. Algunos llevaban diferentes tipos de cascos, bueno, mejor dicho, yelmos y armaduras que protegían sus cuerpos. Me lo pasé en grande creando variedades infinitas. Me los imaginaba volando hacia el espacio y cruzando agujeros negros, planeando sobre glaciares desconocidos o saliendo de las mismísimas entrañas de la tierra.

No sé cómo, pero la voz se corrió y aquellas navidades fueron sorprendentes; cada regalo que abría era un dragón o cada libro que recibía era sobre seres alados. Así que os podéis imaginar cómo quedó mi habitación tras las fiestas. Sin comerlo ni beberlo me sentí rodeada de dragones.

Pero Jonás era el que mejor se lo pasaba, especialmente con un tipo de coleccionable de piezas de madera que se montaban como si fuesen un puzle 3D. Tenía cinco construcciones de dragones acabadas encima de mi estantería blanca de pino, y cuando mi amigo llegaba a mi casa se dirigía a ellos y los despiezaba sin piedad. Unos simplemente quedaban sin cabeza, otros sin patas, o perdían una

de sus alas. ¡Maldito Jonás! Era terrible. Después me pasaba un largo rato recomponiendo el desaguisado. Otros días intercambiaba las partes y me llamaba para que viera sus creaciones a las que llamaba pequeños engendros. No sabéis como me enfadaba, mi cara era un poema y hubiese sido capaz de perseguir a Jonás cientos de quilómetros para darle unas cuantas collejas. El muy animal se divertía a mi costa. A veces pensaba que yo era su mejor entretenimiento. Suerte que ponía aquellos ojos de gatito mimoso para que le perdonara, que si no, lo hubiese desheredado. En el fondo era el que más me conocía y creo que intentaría siempre sacarme de todos los apuros en los que me metiese. Por eso le adoraba.

Quiero contaros lo que pasó el día que unos iluminados del equipo directivo del colegio decidieron empezar un proyecto de decorar las paredes de los patios. Así que fueron pasando por las aulas anunciando la idea y pidiendo voluntarios. Por supuesto nadie de mi clase alzó el brazo. Algunos, como Carlota, se morían de ganas, pero la *divina* solo conocía el lápiz labial y los cuatro o cinco que teníamos ciertas habilidades pictóricas nos habíamos escondido literalmente debajo de las mesas. Pero nos olvidamos de

que algunos siempre tienen un plan B, por si les falla el A. Así que, como si fuesen una mafia, y en connivencia con el profesor de Plástica, al que coloquialmente llamábamos el Pinturetas, generaron una lista negra y, no os podéis ni imaginar quién figuraba en ella... Sí, estáis en lo cierto: yo encabezaba el registro acompañada por el mismísimo Carlitos y Tati. Jonás era el último de los señalados y él mismo se reía sin parar de pensar en quién le había identificado como un gran dibujante. A mi amigo no le extrañó que yo presidiera la columna de los artistas, pero lo de Carlitos Payeras era inaudito; en una palabra, inconcebible. Según Jonás únicamente se podía explicar mediante un soborno al profesorado por parte de algún familiar. Lo cierto es que la madre del muchacho estaba metida hasta las pestañas en el AMPA (Asociación de Madres y Padres de Alumnos) y seguro que había utilizado sus influencias para colocar al chaval como ilustrador de una de las paredes y así poder enorgullecerse ante sus amigas. Jonás se lo pasaba en grande llamándolas *amponas*. Sabía de lo que hablaba, ya que su progenitora, que había sido exalumna del centro, también creía que una de sus misiones vitales era participar de la asociación de mandamases e intrigantes que

tenía el colegio como representantes de los padres. Jonás le pedía a su madre insistentemente que tuviese un perfil bajo, ya que él solo contribuiría a su vergüenza más total y absoluta, y eso iba a ser del todo inevitable. Pero la Apisonadora, que era el mote que había puesto a su madre, no escuchaba sus palabras y seguía en línea recta como una máquina de asfalto de la cual te tienes que apartar o te deja aplastado como un chicle bajo la suela de un zapato, nada más ni nada menos. Ella necesitaba sentirse parte de la asociación, quizás para recordar sus tiempos de juventud o para dar rienda suelta a su ego. Para Jonás las *amponas* formaban un barreño de madres en busca de un sueño o de una realización personal. Solía quejarse diciendo:

—Mi madre se cree que está en un *talent show*. No hay día que no esté en el colegio. ¡Qué pesada! Siempre me la encuentro merodeando.

Pero volvamos a Carlitos. Jonás siguió asegurando que la única hipótesis era que la madre del personajillo hubiese influido en la votación. Recuerdo que mi amigo gritó en voz alta que el Payeras solo era capaz de usar un pincel como batuta para dirigir orquestas fantasmas. Pero, ago-

tado, se dejó caer en la silla pensando en lo divertido que resultaría esa experiencia, que ya empezaba a paladear.

Por otro lado, Tati, mi compi, dibujaba bastante bien, pero aseguraba que exclusivamente copiaba de modelos que encontraba por ahí, y reconocía que carecía de imaginación. Simplemente plagiaba, pero, a mi modo de ver, lo hacía fantásticamente. Seguro que daría el máximo para hacer un buen trabajo.

Cuando finalmente nos asignaron la pared que nos correspondía, solo pude enmudecer y pedir salir de allí desde lo más hondo de mi ser. Mientras yo rezaba a todos los santos que podía recordar, el Pinturetas se acercó a nosotros y nos comunicó la noticia:

—Tonia, quedas nombrada coordinadora del grupo. Recuerda, trabajo colaborativo. Todos sois responsables del producto final en el mismo porcentaje.

Nos dejó solos un rato para pensar en el proyecto, organizarnos y distribuir responsabilidades. Ni que decir tiene que casi me desmayo allí mismo y que mis pulsaciones subieron al máximo. Quería hacerme invisible, volatilizarme como en una nave de *Star Treck*, tener un ataque de narcolepsia y despertar para descubrir que todo había

sido una horrenda pesadilla. Recuerdo que pensé: «Maldito profe de Plástica y sus listas negras. Mira dónde estoy y con quién estoy. ¡Vaya pandilla!».

Supongo que mi colega vio mi cara de pánico y con una pícaro sonrisa me despertó de mi autoinfligida catarsis diciendo:

—Tranquila Tonia. *Morituri te salutam*, o lo que es lo mismo, los que van a morir te saludan. ¡Qué majo mi amigo! Sin duda sabía siempre cómo animarme.

Cuando le pregunté cómo íbamos a montar el tema la cosa no mejoró. Tati miraba alternativamente al cielo o al suelo sin saber qué decir y también para no cruzarse con mi mirada. Mi querida amiga solo dijo:

—Tonia, cuenta conmigo para lo que quieras dibujar. Yo te sigo y te ayudo.

Para entonces Carlitos tenía esa expresión de panoli que se le ponía cuando no tenía ni idea de qué hacer o decir. Abría y cerraba la boca como si hiperventilara. Pero a eso Jonás le llamaba simplemente hacer el pez como un pardillo.

Extenuada antes de empezar, miré a mi amigo con cara de: «Por Dios, échame un cable». Pero en tono burlón, como de costumbre, tan solo llego a decir:

—Ostras, Tonia, dibuja un dragón y ya está. Según tu padre estás medio paranoica con los malditos dragones. Así que dentro de un ratín acabamos y te olvidas. Yo me ofrezco para hacer la hierba que meteremos como paisaje. Este medio pez que abre y cierra la boca, que tenemos al lado puede dibujar un árbol, y Tati rellena el dragón y se dedica a otros detalles como nubes, pajarillos e insectos varios.

Al cabo de diez minutos la pared seguía blanca. Y yo daba vueltas a mi cabeza para decidir qué hacer, dónde meterme o cómo asesinaría al petardo de chivato que teníamos como profe de Plástica. Pero Jonás me estaba poniendo de los nervios, a mi lado, animándome y diciendo que para mí esto estaba *chupao*. Claro, él solo iba a hacer la hierba y ya tenía preparada en su mano la brocha gorda con la pintura verde. En vez de pincel, mi compañero se había traído una brocha de su casa bajo el pretexto de acabar antes. Carlitos esperaba a que yo me lanzara a dibujar el dragón y así poder pintar el árbol al otro lado. Tati me miraba aterrada, conocía esa mirada mía de «No voy a hacer lo que estáis pensando». Así que los miré fijamente y les dije:

—Voy a dibujar una torre con gárgolas, que son animales salidos del mismísimo infierno, y, por supuesto, incluiré algún dragón entre ellos. Escucha, Jonás. No va a haber verde en mi pared. Así que ya estás guardando esa brocha peluda y el bote de pintura ahora mismo.

Carlitos y Tati estaban sorprendidos e inmóviles mientras yo seguía hablando:

—Carlitos, ni sueñes en pintar un árbol. Vamos a poner un paisaje rocoso tipo *El señor de los anillos*, así que id mezclando colores. Necesito gama de grises, marrones, ocre. Si alguien se cree que vamos a hacer un paisaje bucólico con un inofensivo dragón va muy equivocado. Esta pared va a dar mucho miedo. Quiero que los niños de infantil sientan terror cuando pasen por delante y tengan pesadillas cuando la recuerden al acostarse. ¡Se van a enterar! ¡Se van a enterar! Esta va a ser mi pequeña venganza. Quiero un ambiente gótico, decadente, demoníaco, espectral, que los padres al mirarlo noten frío en el espinazo o en donde sea, y los profesores me maldigan y, sobre todo, ese Pinturillas de pacotilla, pedazo de soplón. Os lo juro. Se va a enterar. ¿Estáis conmigo?

Para entonces mis colegas habían palidecido y parecían dos protagonistas de una película de vampiros al uso. Únicamente Jonás dio un paso al frente y empezó a aplaudir mientras decía:

—Claro que estamos contigo, Tonia. Es un honor para nosotros participar en esta pequeña pero espeluznante obra tuya. Yo diría más aún: va a ser genial. Es una idea que perfectamente se me podría haber ocurrido a mí. Fantástica, soberbia, única, sublime. No tengo más adjetivos en mi repertorio, pero, si los tuviera, sin duda que los diría. Esta vez has dado en el clavo. Me emociona tu maldad, jeje.

Jonás dijo que podríamos dejar que el pobre muchacho, que parecía estar entusiasmado con pintar un árbol, dibujase uno que podría estar recién chamuscado porque le había caído un rayo encima o recién arrastrado por un tornado. Añadí que podría incluso hacer algunos más alrededor de la torre. Como no quería parecer una mandona, acepté la propuesta de mi compañero que pareció no gustar mucho al que tenía que encargarse de dicha tarea. Pero no dijo nada, solo cogió unos cuencos para empezar a preparar las combinaciones de colores que iba a utilizar.

Mientras, mi amiga Tati hablaba en voz baja. Creí oír:

—Este Carlitos es un santo varón, acepta y acata las propuestas del cafre de Jonás sin rechistar. Es que no me lo creo, tiene un morro que se lo pisa.

Mi amigo seguía pletórico y lleno de ideas. Sin perder un minuto añadió:

—Además no estaría de más pintar a algún orco o trasgo transitando entre el paisaje, ¿no te parece, Tonia? Seguro que alguien recordará este día durante muchos años. Lo que está claro es que yo no lo voy a olvidar nunca. Me muero de ganas por ver la cara de mi madre. Esto es mejor que sentarse a ver una película en casa con un cuenco de palomitas. ¿No os dais cuenta? Nos van a recordar como los cuatro de la pared más impactante del colegio, la más escalofriante, la que va a dejar congelados de miedo a los pobres niños, y eso me hace muy feliz.

Tati y Carlitos se habían llevado las manos a la boca: bien les gustaba la idea y estaban emocionados, o bien querían insultarnos y decirnos de todo, pero se estaban conteniendo.

—*Alea jacta est*. La suerte está echada —dijo Jonás emocionado.

Y tras sus animadas palabras, nos pusimos manos a la obra con nuestro macabro lienzo.

Sin duda no pensé en las consecuencias, jejeje.



Capítulo 3

Traumas infantiles



Catalina Estelrich era una niña escuálida, diminuta y que pasaba desapercibida; quizás por eso tenía que hacerse notar de diversas formas para poder llamar la atención de los demás. Desde temprana edad había desarrollado ciertas habilidades, como vomitar después de comer, llorar compulsivamente cuando no obtenía lo que quería o hablar pegando chillidos para imponer su criterio. Era mandona y muy locuaz. Pero su mejor característica era que sabía hacer la pelota a los profesores la mar de bien. Mi amigo aseguraba que tenía un manual del tipo *Cómo convertirse en el favorito de tu profesor en 10 pasos*, que seguía a pies juntillas.

Un día Jonás llegó a clase con un papel y nos dijo:
—¡Escuchad! Catina seguro que ha memorizado este
listado y lo sabe al dedillo. Echad un vistazo a mi recién
creado *Manual del perfecto pelota*:

1. No hablar cuando el profesor nos pide estar en silencio. Se trata de ignorar al pesado charlatán que tenemos al lado.
2. Hacer siempre la tarea que nos dan para deberes. Aunque sea copiándola, pero siempre tenerla hecha.
3. Mirar atentamente y asentir siempre. Sí, como si nos interesara mucho lo que dice el profesor
4. Faltar a clase lo menos posible. Solo si la fiebre sobrepasa los 40 grados podremos quedarnos en casa.
5. Levantar la mano y ofrecernos como voluntarios. Aunque se nos pida saltar por la ventana.
6. Participar en los debates. Hablar, aunque sea para decir cualquier chorrada. Todo cuenta.
7. Llevar siempre el material a clase, ya tengas que cogerlo prestado de alguien.

8. Habla con el profesor para pedirle más deberes de su asignatura. Eso hará que se sienta alagado y te preste una atención bárbara.

9. Sal de voluntario a la pizarra y ofrécete para repartir lo que sea. No debes desperdiciar ni un segundo para agradar a tu maestro.

10. De vez en cuando obsequia a tu profe con un *cupcake*, una golosina o un caramelo mentolado. Eso, sin duda, le impresionará y hará que te esté agradecido por el detalle.

Por la manera en que mirábamos a Jonás se dio cuenta de que estábamos intentando seguir sus palabras, ya que normalmente uno tenía que estar concentrado para pillar lo que decía sin perder el hilo. En este caso nos dio unos segundos para digerirlo y añadió:

—El manual se ha olvidado de la moraleja, pero aquí os lo traigo yo:

No te olvides de que habrás ganado el amor eterno de tu tutor, pero el resto de tus compañeros te mirarán mal, desconfiarán y pensarán que eres un vil gusano

que se arrastra para hacer la pelota a un profesor. Te llamarán lameculos y halagador barato, entre otras lindezas. Así que te recomiendo un perfil bajo y cierta contención si realmente quieres ser el preferido de un profesor. ¡Ojo al dato! No digas que no te he avisado.

La chica había sido sietemesina, y eso lo explicaba todo, decía Jonás. Creo que el pobre chaval lo había escuchado de su madre y únicamente se limitaba a repetirlo. No entiendo por qué nos decía eso, supongo que quería justificar la rareza de la chica desde su nacimiento, pero creo que no colaba.

Pero para ser sincera Catina siempre tenía la mano alzada. Levantaba el brazo ante cualquier pregunta, aunque a veces no hubiese pensado la respuesta. Pero Jonás tenía una explicación. Nuestra colega era una *maneki neko*, uno de esos gatos japoneses de la fortuna. Según mi amigo teníamos que permanecer cerca de ella, ya que nos traería suerte. Así que podríamos considerarla como una especie de talismán. Y se apresuró a decirme:

—Tonia, ni se te ocurra hacerle putaditas. Esta tipa va a ser nuestro amuleto. —Y el tío se echó unas risas que ni os cuento.

—Voy a explicarte más cosas sobre ese *maneki neko* —dijo mi amigo—. Quiere decir algo así como «el gato que atrae». Está basado en un *bobtail* japonés; sí, esos gatos que no tienen cola y que los nipones adoran tanto. Si mueve la mano derecha buscará atraer el dinero y la suerte, y si mueve la izquierda el gato atraerá clientes a un negocio o salud para el que lo posea. Si te fijas está levantando sus patas delanteras insistentemente, ya que no para nunca. Sabes, aunque hay algunos que mueven las dos patas a la vez es muy extraño que eso ocurra. Me imagino que los mininos deben quedar agotados. También tienen diferentes colores y cada uno muestra un significado. El blanco, por ejemplo, está más conectado con la suerte y el dorado, tan común, con el dinero. Es lo que más pide la gente. Ya ves, somos unos materialistas. El rojo que nunca lo he visto en ninguna parte se identifica con el amor. Pero Tonia, atiende, el que sin duda nos conviene más es el lila que está indicado para los estudiantes y la suerte en los exámenes. Yo me pido uno de bolsillo —dijo mi amigo levantando la mano—. ¿Cuántos encargo?

